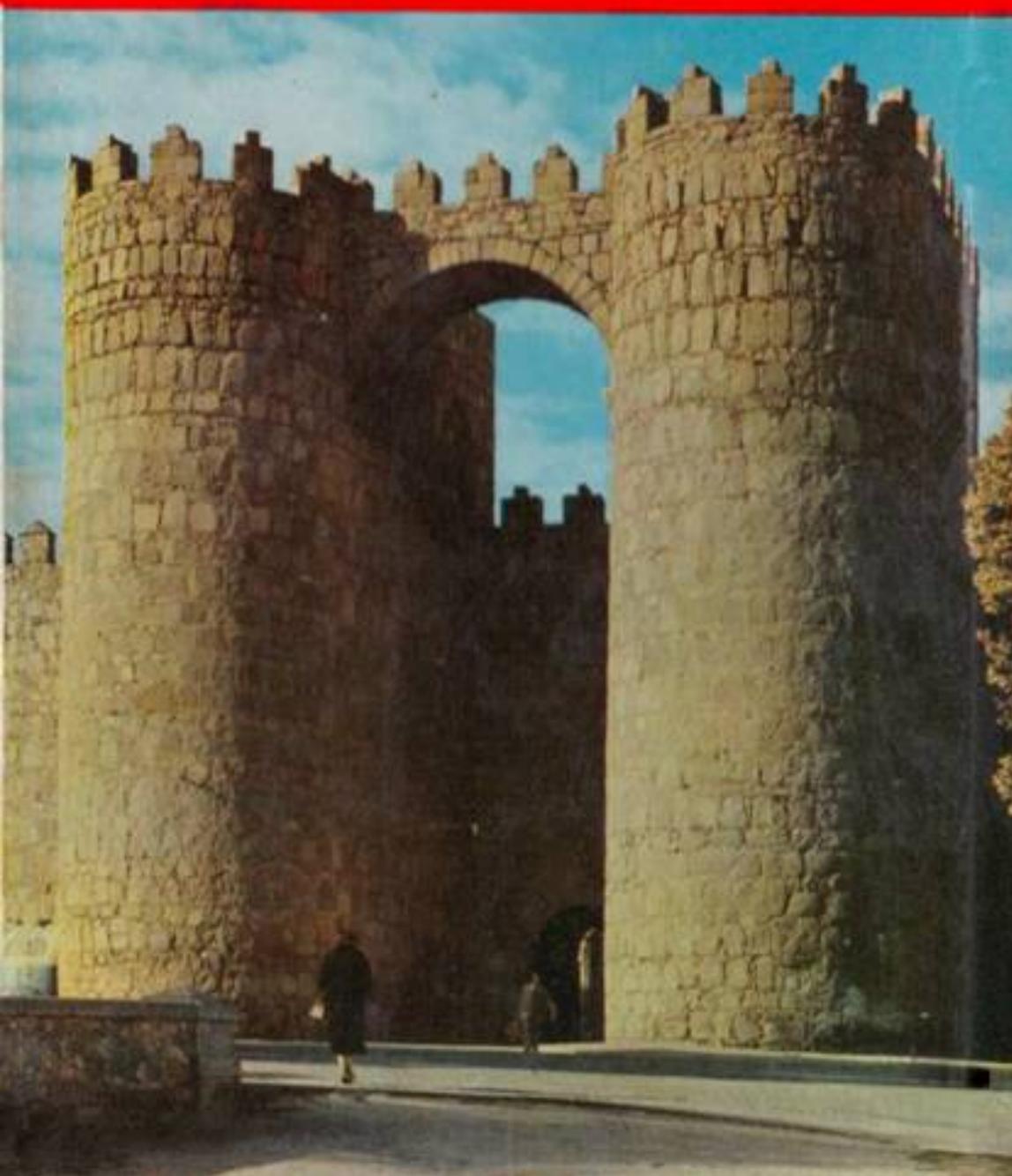


AVILA

CAMILO JOSÉ CELA



A través de esta obra, Cela recrea Ávila tal y como la vio el autor a través de sus viajes por España, contando con su personal estilo las vivencias que el autor gallego sintió en la ciudad y la provincia castellana. La vida de sus gentes, sus costumbres y tradiciones, quedan recogidas por el autor gallego, cuya mirada repasa desde los grandes monumentos, a la vida diaria de los abulenses.

LAZARILLO DE ÁVILA

Como esos golfos niños de los puertos que esperan a los turistas del último barco para enseñarles la ciudad a cambio de unas monedas, así son —de tan ruines carnes y esmirriada presencia— las humildes y serviciales páginas que siguen. Éste es un librito didáctico, un cuaderno humilde, y sin más pretensión que la de valer de compañía al forastero en Ávila, el hombre que, sin ser de Ávila, a Ávila se acerca en busca de su emoción y de su espíritu y en pos del color de su aire o de la silueta de sus arquitecturas. Entre todas las ciudades españolas, Ávila es, probablemente, aquella que con más claros y diáfanos timbres resuena en mi conciencia; cuando el editor proyectaba su colección de guías españolas y me dio a elegir una ciudad entre las que más hubieran de acomodarse a mi pluma, no lo dudé demasiado: me quedé con Ávila. En las líneas iniciales del libro, las que tituló *El alma y la memoria de Ávila*, explico un poco las siempre inexplicables y arcanas razones de este amor, confuso como —de por sí— deben serlo siempre los amores.

Ávila es una ciudad que conozco bastante bien, aunque en Ávila no haya vivido jamás de un modo más o menos permanente. Pienso que el conocimiento, como el amor y aun la amistad, no son fruto de la paciencia sino casual flor de la fortuna; la suerte —que no el mérito— está en atinar bien a la diana. Me gustaría disponer de un tiempo que me falta, para pensar, con sosiego, en esto del mérito y la suerte que, a lo mejor, como sucede con aquello otro del fondo y de la forma, son una y la misma cosa o, en última instan-

cia, dos cosas inescindibles y que recíprocamente se condicionan. Quede apuntada, al menos, mi sospecha.

El aparentemente inevitable tono escolar de estas páginas es algo que, aun habiendo podido ahorrarme, quizás incluso sin demasiado trabajo, preferí no estrangular ni desvirtuar; yo aprendí mis primeras culturas en el *Catón moderno*, un hermoso tomito encuadernado en cartoné y rebosante de ciencia, y pienso que debo lealtad a sus pedagogías. Con esto quiere decirse que mi libro es, sobre poco más o menos, como el *Catón moderno* de Ávila, algo que ayuda a dar los primeros pasos pero que no descifra las últimas claves y misterios. Tampoco aspira a ser más, porque bien sabe que no tiene cuerpo para chaleco.

En la primera edición —a lo que vino a resultar después— se me escaparon algunas aseveraciones un tanto arriesgadas, que procuré subsanar en las ediciones siguientes; en esto de las atribuciones y los viajes (casi siempre viajes sin retorno) de las obras de arte, tampoco tengo por qué tomar partido ya que, para eso —y también para equivocarse, si se tercia— bien están los eruditos, los catedráticos y las glorias locales (que son de tres clases: gloriapatri, gloriafilii y gloriaespíritusanto locales).

Las páginas que siguen no pretenden cosa otra alguna que ser un chisgarabís lazarillo de Ávila; cuando la voz, a veces, se le ahueca, entiéndase que la procesión va por dentro y otros, que no los hueros y solemnes sonos, pueden ser sus donaires.

Palma de Mallorca, 27 de diciembre de 1963.

... Ávila, tan callada, tan silenciosa, tan recogida, parece una ciudad musical y sonora. En ella canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna; en ella canta nuestra nunca satisfecha hambre de eternidad.

Unamuno

Ávila es, entre todas las ciudades españolas, más siglo XVI.

Azorín

... ya a las puertas de Ávila, a ninguno de los que viajamos en este destartalado vagón se ha presentado el espíritu de Teresa de Jesús, esa docta mujer histérica y farsante que hablaba con Dios como yo hablo con cualquiera de estos patanes que dicen cosas tan buenas y que discurren mejor que los académicos de la lengua, que nunca discurren nada.

Solana^[1]

EL ALMA Y LA MEMORIA DE ÁVILA

Ávila, a sus 1126 metros de altura sobre el mar, la capital de España que vive más cerca del cielo, es una minúscula y apacible ciudad amurallada y gentil, recoleta, noble y silenciosa. Quizá, para el viajero de Castilla. Ávila pueda tener la virtud de hacérsela entender sin necesidad de salir de sus murallas. Ávila es un poco el alcaolide de Castilla, su más depurada esencia. Todo lo que de extraño y sobrecogedor, de desusado y extraterrenal tiene Castilla, puede encontrarse condensado en Ávila. Castilla la Vieja —Castilla la Nueva precisaría de otra interpretación sobre sus hombres, sus almas y su paisaje— es un mundo delicado y durísimo, como el brillante, que no se entrega con facilidad, que pasma al punto pero que tarda en desnudar su corazón. De todas las ciudades de Castilla, Ávila es quizá la más castellana, aquélla en la que el cúmulo de facetas que forma lo castellano se encuentra más al alcance de las manos del cuerpo y de los ojos del espíritu. Ávila no tiene una plaza como la de Salamanca, una catedral como la de León o la de Burgos, un alcázar como el de Segovia, un archivo como el de Simancas, pero Ávila, sin embargo, rezuma Castilla en el aire que respira y que la circunda, en la límpida atmósfera que la envuelve en un algo indefinible y alado que la señala como un hierro al rojo. Entornando el mirar, al viajero de Ávila no le cuesta un trabajo excesivo sentirse en plena Edad Media, palpar el frío de la Edad Media, sus anhelos, sus preocupaciones y sus múltiples afanes místicos, artesanos y militares. Las caras talladas a punta de navaja, los ojos fijos, agudos y acerados, la gruesa nariz de los castella-

nos, sus frentes traslúcidas y su pelo ceniciento, aún se ven, como detalles arrancados al secreto de los viejos museos, por las calles de Ávila, por sus plazas y bajo sus soportales.

Históricamente, la figura de Ávila se presenta un tanto confusa. Los orígenes de Ávila son inciertos y el hecho de existir el nombre varias veces repetido en la geografía de dentro y fuera de España, añade nuevas sombras a lo que ya no era luminoso. El paso de los celtíberos por nuestra ciudad dejó su huella en las esculturas representando toros y cerdos que hoy se conservan en el museo provincial de Bellas Artes. Los romanos establecieron en Ávila una colonia, probablemente de carácter militar. Sus vestigios son numerosos y la presencia del simbólico pez de los cristianos hace suponer que la dominación se prolongó durante bastantes años. Por esta época —siglo I— se sitúa la llegada del obispo San Segundo, patrón de la ciudad, uno de los siete varones apostólicos, suceso que aún da lugar a muchas dudas, no obstante haberse descubierto el sepulcro que se supone del santo, en 1519 y en la iglesia de San Sebastián, desde entonces ermita de San Segundo. Lope de Vega escribió una comedia en la que describe el alborozo del pueblo ante el hallazgo. Durante las dominaciones visigótica y árabe, Ávila se sitúa, por algunos historiadores, como ciudad de fuertes murallas y de vida floreciente, disputada con violencia por unos y otros. Es preciso poner en cuarentena todas las afirmaciones demasiado concretas que, sobre esta época, pudieran hacerse. Lo más probable es que el Ávila visigoda llevara una lánguida vida de precario y que la ciudad, abandonada ante la avalancha mora, tampoco fuera por éstos ocupada con cierto carácter de permanencia. El hecho de que las murallas, del siglo XI y levantadas, probablemente, con todas las piedras encontradas a mano, guarden vestigios celtibéricos y romanos, y carezcan de recuerdos árabes y visigodos, puede considerarse como dato bastante sintomático. Alfonso VI, a raíz de la reconquista de Toledo en 1085, estableció una segunda lí-

nea de defensa que encomendó a don Raimundo de Borgoña y que apoyó, entre otros puntos probables, en Segovia, Ávila y Salamanca. A partir de este momento es cuando Ávila, realmente, puede empezar a considerarse Ávila; cinco años más tarde comenzaron a construirse las murallas; Ávila, deshabitada, se pobló con gentes del norte —Galicia, Asturias, Santander, León y Burgos— y pronto resucitó de sus ruinas y empezó a pesar en la historia de España. La población de Ávila se separó en dos grandes grupos —caballeros y plebeyos— y del buen entendimiento entre ambos nacieron las virtudes militares que serían la permanente característica de la ciudad. La primera salida militar de los abulenses o avileses se sitúa en 1105, cuando, a las órdenes de Sancho Sánchez Zurraquín —que murió al año siguiente en la toma de Cuenca—, derrotaron a los moros en Zaragoza, y la citamos a título de curiosidad, ya que la sola enumeración de las acciones guerreras de Ávila nos llevaría mucho más lejos de donde debemos ir. Por entonces se emplaza históricamente el legendario Nalvillos, bravo guerrero a quien sus hombres llegaron a coronar rey. Personaje importante en la vida de Ávila —ciudad que cuenta entre sus hijos a legiones de personajes importantes— fue Alonso Tostado Ribera, o Alonso de Madrigal, escritor de múltiples libros, obispo en 1449, y hombre tan pequeño de estatura que de él se cuenta que el Papa Eugenio IV, creyéndole arrodillado, lo mandó levantar. Con la expulsión de los moriscos, que coincidió con el éxodo de la nobleza hacia la corte, Ávila recibió un duro golpe y su población quedó reducida a no muchos más de mil quinientos vecinos. Santa Teresa de Jesús es, quizás, la figura más destacada de toda la historia de Ávila y a su huella en la ciudad nos referimos en otro lugar de esta breve guía. Ávila, en la guerra de la Independencia, organizó un regimiento de voluntarios que luchó heroicamente en Ciudad-Rodrigo. Desde entonces acá, Ávila, mística y tradicional, honesta y dura, espera, fue-

ra del tiempo, el corazón amigo a quien entregar su secreto diáfano y misterioso.

ITINERARIOS AVILESES

El viajero, al llegar a cualquier ciudad, suele precisar de dos cosas: un café donde tomarse un refresco y una oficina de telégrafos o de correos para comunicar con los suyos. Empecemos nuestros itinerarios avileses desde la plaza de Santa Teresa de Jesús. Lléguese a Ávila por el medio que se llegue, la plaza de Santa Teresa es siempre el centro de la ciudad y el más fácil punto de cita. En ella, además, están los cafés, las tiendas donde se pueden adquirir medallas de recuerdo o tarjetas con vistas de la ciudad y las centrales postal y telegráfica.

Ya estamos en la plaza de Santa Teresa. Ya hemos desayunado —nos imaginamos que es por la mañana—, ya hemos telegrafiado o escrito, y ya estamos en disposición de visitar la ciudad.

Dos itinerarios vamos a marcar al visitante: el primero, general, y teresiano el segundo, aunque en éste también nos encontraremos con monumentos al margen de la tradición de la santa. Los dos los señalaremos a pie; Ávila es un pañuelo y, de otra parte, el recóndito y sobrio espíritu de la ciudad puede escapar a la percepción del turista que se obstine en acercarse con su automóvil a todos los lugares.

¿Cuánto tiempo tardaremos en cada itinerario? La pregunta debe quedar sin respuesta. Si nuestra intención es llevar una impresión de conjunto de la ciudad, cada itinerario puede durar un día e incluso menos. Si nuestro propósito es calar hondo en el misterio de Ávila, adentrarnos en su cauteloso encanto, ahondar en su historia y en su arquitectura, quizás no tuviéramos bastante con un año de diaria la-

bor. Pensamos que el lector de estas líneas está en el caso del hombre que quiere conocer, pero no estudiar, Ávila.

ITINERARIO GENERAL. —Entremos en el recinto amurallado por la recia puerta del Alcázar de la que hablaremos con detalle al referirnos a las murallas, y por la primera callejuela de la derecha lleguemos, después de doblar dos recodos, a la plaza de la Catedral. Antes de detenernos en su fachada y antes de dedicarnos a recorrer su interior, cosas que nos llevarán más tiempo, fijémonos en la casa de Valderrábanos o de Gonzalo Dávila, cuyos ventanales geminados de la parte alta, cuya portada del siglo xv y cuyos blasones, concedidos a Gonzalo Dávila en la toma de Gibraltar (1462), no dejan de tener interés. Los canes de la puerta, con cara humana, tenían trasero, lo que motivó una serie de chistes de mejor o peor gusto a los que puso fin el dueño mandándolos mutilar. La catedral— que quedaba a nuestra izquierda mientras contemplábamos la casa de Valderrábanos —es un bello y curioso templo fortificado, cuya edad resulta difícil de señalar con precisión. Algunos autores afirman que la construcción tuvo lugar en los años de 1091 a 1107 y según los planos de Alvar García, y otros aseguran que la dirección de las obras fue del maestro Fruchel, muerto a fines del siglo xii; lo probable es que la obra sea ligeramente posterior y producto de la cooperación de varios arquitectos y aun de algún prelado que echaba también su cuarto a espadas en la cuestión. Quizá sean del siglo xii el cimorro y la capilla mayor, hasta el crucero; del siglo xiii el primer cuerpo de las torres y los primero y segundo de las naves, y del siglo xiv el resto: el segundo cuerpo de las torres, los claustros y las bóvedas y sus arbotantes. La estructura es de estilo ojival francés, aunque no faltan detalles del gusto inglés. Como fortaleza, la catedral podía considerarse perfecta, con su gran torreón del este— con tres cuerpos de almenas, dos caminos de ronda, galería cubierta y plaza de armas —su puerta militar del oeste— pro-

vista de dos torres almenadas —y la doble^[2] línea de almenas, al norte y al sur, hoy no completas; para caso de asedio se contaba con un abundante manantial dentro del recinto. En el siglo XVI la catedral perdió su doble carácter castrense y eclesiástico, para evitar los frecuentes roces jurisdiccionales que se producían.

La fachada que queda ante nuestra vista es la oeste, más bella si fuera menos confusa, que padece los efectos de la desafortunada reforma de que fue objeto en el siglo XVIII; de las dos torres que la flanquean, una quedó inacabada. En esta fachada estuvo hasta el siglo XV la hermosa portada de los Apóstoles —obra del XIV— que hoy puede contemplarse en la del norte. Esta portada se abre bajo un arco carpanel terminado en una imagen del Salvador; estos elementos, con la crestería y el guarnecido de bolas, son de la época del traslado. La portada propiamente dicha consta de cinco archivoltas apuntadas y en tímpano, todo ello tallado con escenas simbólicas, y doce apóstoles de alargadas y bellas proporciones, provistos de instrumentos musicales; las dos figuras del primer término son, probablemente, del siglo XIII. A la izquierda de la portada consérvase un trozo de pared gótica que termina en la fea y postiza capilla neoclásica de Velada, y a la derecha se ve un aditamento renacentista, sin interés. Las dos fachadas de que hemos hablado presentan, cada una de ellas, una pareja de leones encadenados, del siglo XVIII. La fachada sur aparece estorbada, para su contemplación, por una serie de edificaciones sin más valor que el puramente anecdótico; pueden anotarse las recias paredes del claustro, provistas de sólidos machones y terminadas en airosas cresterías, obra de Pedro de Viniegra y de Vasco de Zarza; un medallón representando un busto de mujer —la Vida— y otro con una calavera —la Muerte— dan nombre a la típica callejita donde

nos encontramos. La fachada este, con su vulgar capilla de San Segundo, carece de interés.

Ya hemos contemplado la catedral por fuera; hagamos ahora una breve visita a su interior, deteniéndonos tan sólo en la somera descripción de lo más señalado. La planta, en forma de cruz, consta de tres naves, crucero, girola, claustros, sacristía y antesacristía, sala capitular y varias capillas que se le han ido sumando a través del tiempo. Los pilares son de estilo cluniacense y las bóvedas análogas a las de Reims. Se conservan interesantes vidrieras de los siglos XV y XVI que pudieron subsistir al terremoto del XVIII; merecen destacarse las del hastial norte. En sepulturas, no del todo bien catalogadas, es interesante este templo. En el interior de la puerta oeste, y en penumbra, aparecen dos bellas esculturas del XV, obra de Juan Guas. Las ricas cortinas de terciopelo del XV que adornaban la nave central, fueron vendidas, inexplicablemente, a un chamarilero. La capilla mayor —de piedra arenisca de la región— es de estilo románico de transición, con evidentes vestigios moriscos en los ventanales; es digna de ser citada la sepultura del obispo Roelas, del siglo XV, en alabastro y de escuela borgoñona. Debe prestarse singular atención al magnífico retablo, verdadera joya de la pintura primitiva española, compuesto por veinticuatro espléndidas tablas de Berruguete^[3], Borgoña^[4] y Santa Cruz; el marco del retablo es obra de Vasco de Zarza, así como la labor de alabastro del sagrario. La puerta del mismo, de plata repujada, se atribuye a García Crespo, platero salmantino del XVIII. En la girola se encuentra el grandioso y aparatoso^[5] sepulcro del Tostado, de estilo plateresco, en alabastro y también debido al cincel de Zarza, es curiosa la lauda policromada del primitivo sepulcro. Guardando los restos del Tostado se leen unos versillos ramplones:

es muy cierto que escribió

*por cada día tres pliegos
de los días que vivió^[6].*

La sillería del coro, obra de Cormelis de Holanda (siglo XVI), es de estilo plateresco y sólida construcción; la caprichosa ornamentación del coro, es tan bella como original. En el trascoro destacan los capiteles y los grutescos del zócalo. Los altares de San Segundo y de Santa Catalina, platerescos, están compuestos con primor. El púlpito de la Epístola, ojival flamígero, es obra de Llorente de Ávila (1520), y el del Evangelio, plateresco, es atribuido al mismo artista. La pila bautismal parece de principios del XV; la ornamentación del hemicycleo es de Zarza. Las capillas de San Andrés y de San Miguel están en el antiguo atrio de catecúmenos donde, entre otros varios sepulcros, destaca el del noble Esteban Domingo, fundador de uno de los dos linajes de la ciudad. En la de San Juan Evangelista se ven los sepulcros góticos del obispo Domingo Xuárez y de doña Beatriz Básquez. En la de Nuestra Señora de Gracia están las dos sepulturas más antiguas de la catedral: la del obispo don Sancho (siglo XII) y la del chantre don Tacón (siglo XIII). En la de San Antolín existe el magnífico retablo de Isidro Villoldo (1551)^[7]. La capilla de San Segundo merece citarse por haber sido la capellanía de Lope de Vega desde 1626 hasta su muerte. A los claustros, de estilo ojival, se pasa por una puerta sobre la que existe un curioso San Cristobalón del siglo XIII; en las paredes lucieron, en mejores tiempos, algunas pinturas de Sansón Florentino, hoy desaparecidas^[8]; el jardín rezuma encanto y grata melancolía. En la capilla del Cristo nótese la verja forjada, y en la del Rincón, la imagen de la Virgen del Pastel (siglo XIII). En la sacristía o capilla de San Bernabé existe un valioso retablo de alabastro; según la tradición, en esta sacristía —entonces sala capitular— se reunieron los Comuneros en una ocasión, y en otra la nobleza de Castilla para ofrecer a Is-

abel la Católica la corona de Enrique IV. El museo, muy moderno, guarda piezas de indudable valía —entre las que destaca la gran custodia, obra de Juan de Arfe^[9]— y la biblioteca, en tiempos, de cierto valor, fue saqueada por el Estado en 1869.

Hemos hecho un rápido recorrido por la catedral y hemos aquí, de nuevo, en la calle. De espaldas a la puerta por donde habíamos entrado queda, a la derecha, y haciendo esquina a la plaza y a la calle del Tostado, la casa de Velada, con su magnífico torreón de mampostería y sus escudos nobiliarios angulares, apoyados en cabezas de leones. Debe prestarse atención preferente a la fachada de la calle del Tostado. Al otro extremo de la plaza se ve la puerta de los Leales o del Peso de la Harina, de la que hablaremos al tratar de las murallas en su conjunto. Siguiendo por la calle del Tostado hasta la puerta de San Vicente, nos queda, a la izquierda, la casa de los Verdugo, en la actual calle de López Núñez, mansión misteriosa y uno de los monumentos mejor conservados de la ciudad; tiene dos torres avanzadas y un escudo sobre águila explayada; la puerta está guarnecida con el cordón de San Francisco y, junto a una de sus torres, se ve un magnífico toro celtibérico esculpido en piedra. Por la puerta de San Vicente se llega a la iglesia del mismo nombre, que bien merece una visita no demasiado precipitada. La iglesia de San Vicente, según una vieja leyenda, fue construida por un judío en el cual se obró un curioso milagro. Los gentiles, en el año 306, dieron cruel muerte a los tres hermanos cristianos Vicente, Sabina y Cristeta, y abandonaron sus cuerpos en el campo para que los devorasen las alimañas. Los cuerpos de los mártires fueron, desde el primer momento, protegidos por una serpiente que impedía la proximidad de cualquier ser vivo. Un judío, que se acercaba a los santos para mofarse de sus cadáveres, fue atacado por la serpiente que se enroscó a su cuerpo hasta que el judío, impresionado por el hecho, hizo